

COMPROMISO Y VALOR

(Meditaciones al margen del Quijote)

Oscar E. Mas Herrera

"Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro".
(*Don Quijote de la Mancha*, I, capítulo XVIII).

1.—Cuenta una leyenda medieval que un viajero pasó una vez a la vera de una catedral en construcción y acertó a ver tres hombres que picaban piedra. Preguntóle al primero: ¿Qué haces? —¿No lo ves?: Pico piedra. ¿Y tú? —dijo al segundo. —Mantengo a mi familia. ¿Y tú? —pregunto al tercero. Y éste respondió: ¡Construyo una catedral! Tres hombres picaban piedra, pero sólo uno de ellos era capaz de convertir su labor de picapedrero en la de constructor de catedrales.

Sabemos desde antiguo que cuando una inteligencia se tiende sobre un objeto, lo capta desde el punto de vista del ser; para una inteligencia una cosa es, puesto que su operación propia es aprehender el universo *sub specie entis* y encontrar verdades. Cuando una voluntad hace lo propio, capta el mundo desde el punto de vista del bien (*sub specie bonitatis*); la voluntad apetece y para ella los objetos no son sino que valen. Ahora bien, el hombre en la síntesis de su humanidad, al conferirle sentido a las cosas, tiende un puente vital entre la categoría de ser y de valer; un recto criterio no es otra cosa, a mi modo de ver, que esta posibilidad de conocer, amar y juzgar las cosas, añadiéndoles la pincelada de color que da la imaginación. Sólo así los picapedreros pueden construir catedrales, las mozas del partido pueden adoncellarse, y el mundo y la vida cobrar la dignidad que les es propia. Sólo así el yo y el tú pueden ser comprendidos no simplemente tal y como son, sino desean y pueden llegar a ser.

La vida vale en la medida en que cada hombre es capaz de afrontarla con un proyecto. Ser creador de sentido o afrontar la vida con un proyecto, no es entregarse a fabulosas fantasías que destruirán toda posibilidad de criterio, puesto que ni yo, ni los otros, ni el mundo, son ni pueden ser producto de mi simple arbitrariedad, —sino que consiste en esforzarse por calar la más profunda dimensión de los hombres y las cosas, valorizarlos, jerarquizarlos y contemplarlos bajo una mirada unificadora y armonizadora que, hasta donde se me alcanza, debe ser amorosa, si quiere ser honda. El hombre que da sentido a su universo es un príncipe que pasea por sus dominios, pues en cierta forma todo le pertenece.

Sin creer a pie juntillas la vieja copla de Campoamor según la cual,

*"en este mundo traidor
nada es verdad ni es mentira,
todo es según el color
del cristal con que se mira".*

no cabe duda que quien dota a su mundo de sentido con un criterio equilibrado, embellece la tierra que pisa, da una razón de ser a su libertad, fundamenta su personalidad, y se pone en disposición de afrontar el misterio del yo y los requerimientos del Absoluto.

2.—“Los animales son estrictamente lo que son. La vida humana es una suma de realidad y de posibilidad. El hombre auténtico lleva una visión de lo que hoy es y de lo que aspira a ser” (1) —escribe un pedagogo contemporáneo. A ese hombre auténtico, puente entre el ser y la aspiración a mejor ser, le llamaré “hombre de proyecto”, convencido de que su ideal lo hace desde ya, algo más de lo que es, en virtud de su sinceridad y de su búsqueda de sí mismo. Y todo proyecto sincero es una vía hacia Dios.

Ahora bien: proyecto y compromiso no pueden menos que correr parejos y ambos exigen el valor. Tratemos de ejemplificar lo anterior. Decimos que María y Pedro se han comprometido cuando en virtud de un amor se dieron palabra de matrimonio. Pedro y María van a ser esposos y desde el momento del compromiso para María no hay hombres fuera de Pedro y para Pedro no existen más mujeres que María. Ambos se prometieron amor permanente y exclusivo y cada uno de ellos irrumpió profundamente en la vida del otro. Dos vidas humanas decidieron hacer el resto de sus trayectorias caminando sobre el mismo riel, alimentándose de una palabra dada, esto es, del compromiso de amor, de fidelidad, de perseverancia y de respeto. Si los vientos de la adversidad soplan y el amor se mantiene en pie, aquí hay un compromiso.

Juan promete a su amigo Andrés hacerle el servicio x. En el momento de la promesa, las condiciones para realizar dicho servicio son simples y Juan no tendría mayor problema en cumplir el favor prometido. Sin embargo sobreviene una circunstancia que dificulta extremadamente el servicio y al punto que éste se transforma en carga onerosa. Juan, empero, no para mientes en ello y pese a los agravantes recuerda que existe una palabra de por medio. Se lanza a la empresa y la lleva a término. Juan es un hombre que sabe de compromisos; es un valiente.

3.—Ante la vida caben dos posiciones: dejarse llevar por ella como el mal jinete al que el caballo zangolotea malamente, o decidirse a vivirla conforme a principios, lo que equivale a tomar las riendas y dirigir la bestia. Vivir conforme a principios es tanto como adquirir compromisos y éstos son siempre fuente de dificultades.

Si yo me comprometo a mí mismo a ser fiel a mis amigos, he tomado por norma de vida un principio sin duda excelente, pero desde el momento en que libremente me propongo esa línea de conducta, adquiero un serio compromiso y me vuelvo un comprometido. ¿Por qué? Porque la fidelidad que guardo a mis amigos es un elemento que condiciona mi libertad. En cierta forma podría decirse que Judas que vendió a su Maestro por treinta monedas de plata fue más libre que cualquier otro de los once que no lo traicionaron. Pero, ¿valdría la pena vivir ese estilo de vida? ¿Tendrá razón de ser esa libertad descomprometida? La fidelidad, cualquiera que sea su precio, ¿no es siempre preferible a la traición? Lo es, sin duda, pero sólo para quien la dificultad no arredra y no teme los rigores del trabajo. Paremos mientes en este último concepto. “El hombre y la vida —escribe Gabriel Marcel— están ligados en matrimonio por el trabajo”. Hombre y vida, en efecto, a pesar de que los veamos tan correlativos, pueden o no formar pareja. Hay quien pasa por la vida tan fugazmente como el agua por el plumaje de un pato, al que apenas roza. El trabajo da sentido a la existencia, y al ligar al hombre con el medio, confiere dignidad y humanidad al mundo, al par que aporta plenitud al hombre, pues cada uno es, en cierta forma, fruto de sus obras, según la palabra del Quijote de “que no es un hombre más que otro si no hace más que otro”. Ciertamente la vida cósmica no depende de nosotros y son pocas las cosas que podemos realizar en el universo. Ninguno de nosotros existía hace cien años y dentro

(1) Juan Mantovani: “Educación y plenitud humana”, El Ateneo, Buenos Aires, 1958, p. 41.

de cien años ninguno de nosotros existirá. Corta es la vida y limitadas las posibilidades, empero algunas no han sido otorgadas. Si nos es negada, al igual que a Arquímedes, la palanca para descentrar el universo, no tenemos por ello derecho a contemplar la vida como un nuevo espectáculo, sin arrollarnos las mangas y meter las manos en la masa.

En el trabajo comprometido hago y me hago a un tiempo, sin poder renunciar al trabajo so pena de renunciar a mí mismo. La mera "línea de flotación" me está, en efecto, vedada. ¿Qué entiendo por esto? Entiendo que el hombre, a diferencia de la balsa en mitad de las aguas, o se eleva o se hunde, pero flotar simplemente no puede; eso no sería vivir sino mal vivir —y eso se puede— pero no es humano. La quietud, diríase, es mineral, inorgánica; es lo opuesto a ese dinamismo que es la forma auténtica de existencia de un ser, que al decir de Lacroix "no es ni pura temporalidad ni pura eternidad, sino que conquista progresivamente su eternidad a través del tiempo" (2), y que la conquista, añadiría yo, aceptándola como un don.

4.—El "mal vivir" de la mera línea de flotación es lo propio del hombre a quien le falta valor; de aquel que pudiendo, no se atrevió a responder. A este tal vamos a llamarlo provisionalmente *irresponsable*. De acuerdo a la significación que queremos acordarle a la palabra, "irresponsable" es aquel que no responde a algo o alguien a quien debía responder. Su falta es una falta de omisión: es callar una respuesta cuando fue preguntado por quien tenía derecho de preguntar. Evidentemente no se trata, al menos en todas las ocasiones, de una pregunta trivial, como sería por ejemplo, la de: "¿no es verdad que la Meseta Central es muy lluviosa?", —sino de un requerimiento general o específico que se nos formula en un recodo de la vida, y que alcanza el fondo íntimo de nuestro propio yo con voz acuciosa. Podría ser la voz que nos invita a participar en tal o cual lucha concreta, cuando la justicia está en juego. Pero más fundamentalmente creo que consiste en que la suprema tarea de *buscar, encontrar y llevar a cabo la misión que nos fue encomendada*, o más concretamente, el dedicarse con ahínco a esta o aquella labor propia de la vocación particular, o simplemente el estar a la altura de la situación que nos impone la circunstancia que hemos libremente elegido. Responsabilidad, sinónimo aquí de valor, será aceptar y aceptarse, agotando las posibilidades que nos son ofrecidas, con la ambición de ir siempre un poco más allá, "haciendo, —al decir de Spengler— de la fatalidad una providencia".

Tener valor será, con frecuencia, responder a los pequeños requerimientos de la vida. Es oír el llamado en el tiempo concreto en que nos fue hecho. La parábola del Buen Samaritano, en el Evangelio, nos ilustra el tema. A la vera de un hombre herido y abandonado, con urgente necesidad de cuidados, pasaron un sacerdote y un levita. En viéndolo, ambos siguieron de lejos. Quizás no estemos en el caso de un rechazo en pleno de la vocación religiosa del sacerdote y del levita; quizás los dos se estaban, en alguna forma, realizando de otra manera. No lo sabemos. Pero sí estamos en presencia de una negación, de una no respuesta a un llamado que la vida les hizo a ambos, así, al desgaire, un día de tantos. Y no cabe minimizar un hecho así, por menguado que parezca a primera vista. La trama de la vida se teje con las menudas circunstancias bien afrontadas, lo que permitirá ir aclarando las rutas particulares de cada uno. Quien no tuvo consideración del herido tirado al borde del camino, arruinó la porción de trayecto que le tocaba recorrer ese día. El valor y el compromiso no se dan "en absoluto", abstraídos de la muy concreta circunstancia de un aquí y de un ahora. La respuesta es para hoy.

Muchas otras vidas, las vidas heroicas y santas, me pueden representar un llamado, un modelo y hasta quizás una indicación concreta, pero nada más. Mi camino es mi camino y si no lo recorro yo, no lo recorre nadie. La vida heroica del hombre

(2) Jean Lacroix: "Marxismo, Existencialismo, Personalismo" Edit. Fontenella, Barcelona, 1957, pp. 114-115.

de proyecto no conoce "camino real", como no lo conoce la Geometría, según contestó Euclides al faraón Ptolomeo que le pedía una vía fácil para dominar dicha ciencia.

*"Caminante, son tus huellas
el camino y nada más,
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar..."*

¡Qué hondo vio Machado lo solitario y unívoco del trayecto de un hombre valiente y esforzado!

5.— Al meditar sobre este punto parece que brota de nuestro yo íntimo, cojeante y fracturado, una pregunta. Llevar a cabo una obra, comprometerse en la acción, ¿no supondrá verterse y abandonarse a una fuerza centrípeta? El yo se lanza a una empresa, ¿no tendrá que renunciar un tanto o un mucho a su interiorización? Podría creerse, en efecto, que el esquema de la acción sería el de un centro de convergencia, el yo, que debe realizarse efectuando una serie de obras que lo vacían de su contenido interior. ¿Podrá realizarse el yo entregado a una actividad que le es extrínseca?

La actividad es, ciertamente, una forma de dispersión: el ir y venir laborioso, el trabajar en esta cruzada o en la otra, ¿no será una forma de edificar muchas cosas al precio de la demolición del propio yo? Por otra parte, la otra alternativa, la de no hacer nada y abandonarse, anonadado, a que la vida le haga a uno a traspiés, sin rumbo ni compromiso, ¿no hemos dicho que es el "mal vivir" del cobarde que no sabe responder?

Así las cosas, parecería que comprometerse es dispersarse y no comprometerse, hundirse. O, en otras palabras, que al ayudar a modificar el yo de otros, el hombre entregado estaría dispersando el suyo propio en el remolino de la vida.

6.—Creo que la única forma de salir del atolladero es la de ahondar un poco más en el concepto mismo de *compromiso*. Un poco más atrás había dicho que *responder* (en el sentido comprometido que le habíamos acordado a la palabra), consistía en "la suprema tarea de buscar, encontrar y llevar a cabo la misión que nos fue encomendada". Me parece que el concepto fundamental aquí es el de *misión*; ya la propia etimología de palabra despierta hondas resonancias: *misión* deriva del término latino *mittere*, enviar. Corrientemente cuando a una persona se le envía a gestionar un negocio se dice que le ha sido confiada una misión. Pero debemos ir mucho más allá. Gestionar un negocio parece dar la impresión de un trámite que resulta un tanto extraño al yo y que, por lo tanto, que me comprometo poco. Si yo voy a tramitar el cambio de un cheque, en realidad mi yo profundo probablemente apenas quedará tocado. La misión de que hablamos, en cambio, supone un tipo de obra tal que no pueda ser indiferente al yo realizarla o no, porque su naturaleza compromete el destino del yo. El hombre que siente su misión —el misionero—, ha de sentir sus entrañas transidas, por el objetivo de ese encargo a realizar, porque él no es ajeno al encargo; porque en el encargo va involucrada su persona. Así, para el hombre que capta el dolor del mundo, el lanzarse o no a la obra de poner algún remedio, no es indiferente; ese tal recibió como don el terrible privilegio de ver lo que muchos no ven, y en él el pecado de omisión es crimen. No puede, no tiene el derecho de alegar que va a realizarse mejor en el arte o la ciencia, pues en su caso arte y ciencia serán parapetos de su inexcusable cobardía; no puede pretender que la interiorización le impide salir y hacer. Si tal hiciere, nuestro hombre sería un confinado en una torre de marfil. Aún más: sería un hombre que claudicó, que se tornó en mineral o vegetal, —en lo que queráis, pero que dejó de ser aquello que de acuerdo a su misión debía ser.

Por el contrario, el misionero fiel, hace y se hace; o mejor, se hace en su acción. Y, ¿quién no es en alguna forma misionero? ¿Quién no sintió jamás la vocación, esto es, el llamado, de acometer alguna empresa? Salta a la vista no a todos se les dio la posibilidad de descubrir unas Indias Occidentales, de vencer al gigante

Bravorante, o de desfacer el extremado entuerto del encantamiento de mi señora Dulcinea, pero todos tenemos unos ciertos territorios que conquistar, grandes o chicos, quizás un poco hechos a la medida de nuestro heroísmo. Y que no se me diga que predico la acción por la acción, —que esto es el activismo superficial; de lo que se trata es de la acción por el ser, por el ser más y mejor. Porque cuando media la convicción de una misión, toda actividad exterior que se emprenda con impulso misionero, misteriosamente torna al yo y en él se sumerge enriqueciéndolo, al modo del bumerang australiano, que es fama que regresa a manos de quien lo lanzó, luego de dar en el blanco. Quien distribuye sus dineros, al cabo terminará sin un centavo; pero quien da el manantial de su amor —¡oh milagro!— al cabo verá la fuente transformarse en anchuroso río.

7.—Hacerse en la acción no es cosa fácil, cabe la posibilidad de deshacerse, al tratar de edificar mil cosas, en el va-y-ven afanoso. Lo hemos visto. Sólo hay uno que es capaz de tal empresa, y es el hombre interior. Un compromiso valeroso ha de tener como trasunto una vida de silencio. En tanto la vida esté llena por el ruido incesante de un yo parlanchín, que rehusa entrar al callado santuario del yo íntimo, la acción será pura y simplemente dispersión, aunque exteriormente nuestro hombre corree como una hormiga, y hable, defienda luche o cante. Ninguna obra gigante se hizo jamás charlando por las plazas y mercados, atestados de hombres y de bestias. El espíritu requiere un replegarse entre sí para acometer luego la empresa que le fue confiada como don. “El retiro es el laboratorio del espíritu; la soledad interior y el silencio son sus dos alas. Todas las grandes obras han sido preparadas en el desierto, sin excluir la redención del mundo”, —apunta en profundísima sentencia el P. Serpillanges (3).

En el hondón de cada hombre, existe un reducto de silencio donde el yo puede ventilarlas cara al Absoluto, único huésped del cenáculo, las situaciones cumbres de su vocación y de su misión. Cara al Absoluto y en diálogo, contemplando con mirada amorosa y preocupada al mundo con sus gentes y sus cosas; porque también cabe la terrible posibilidad de que el retiro llegue a ser una torre de marfil, que seque y atrofie al alma y su misión a un mismo tiempo. Recogerse no puede ser un acto de soberbia y lo será si allí sólo buscamos la soledad para liberarnos del fastidioso mundo ululante y apertrecharnos en las trincheras del yo. Quien como Narciso se embelesa en su propia contemplación, se cosifica. Si el cumplimiento de la misión supone toda una serie de obras exteriores al yo, esta meditación silenciosa, abarcadora y amorosa, permitirá a nuestro cruzado armonizar lo múltiple de las cosas con lo uno de su conciencia comprometida, y su hacer será un hacerse bajo la mirada supremamente unificante del huésped interior.

¡Bendita soledad, condición indispensable, de quien fue capaz de dar de mano al mundo y a sus cosas, para poder contemplarlo bajo una nueva luz, y poder luego tratar nuevamente, pero en forma superior, al mundo y sus cosas!

Me parece que llegados a este punto no queda por expresar más que un deseo que es casi una oración:

“Que nos sea dado responder al llamado que nos impone la misión que recibimos, y que en ese quehacer podamos realizar lo mejor que hay en nosotros, para la edificación de un mundo nuevo”.

OSCAR ENRIQUE MAS-HERRERA

7 de mayo de 1971

(3) “La vida intelectual”, Ed. Santa Catalina, Buenos Aires, 1942, p. 64.